

convertirse en la voz de aquél, a quien no quedó más que el «grito del silencio»; la voz del indefenso que clama sin palabras:

«¡Europa: sálvame a mí para salvarte a ti misma!»

«La muerte de cada hombre me empequeñece, porque estoy ligado a la humanidad», repetiré con John Donne.

¡Europa, las campanas doblan hoy por ti!

Con estos sentimientos en el alma, agradezco de todo corazón la distinción que la Universidad de Navarra se ha dignado concederme.

## V

### DISCURSO DEL GRAN CANCELLER EXCMO. Y REVMO. SR. ÁLVARO DEL PORTILLO

Excelentísimos Señores, Dignísimas Autoridades, Ilustre Claustro de esta Universidad, Señoras y Señores:

Por segunda vez tengo la alegría de presidir una sesión solemne del Claustro universitario, para conferir, con el protocolo tradicional, la máxima distinción académica de la Universidad de Navarra. Dos circunstancias singulares me mueven especialmente a elevar hoy el corazón en acción de gracias a Dios. Por una parte, se trata del primer acto académico que presido como Gran Canciller después de la elevación a los altares del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer. En la lápida conmemorativa situada en la escalera noble de este edificio, se recuerda con bellas palabras latinas que el Beato Josemaría «después de muchos años de oración, fundó en 1952 esta Universidad, la fecundó con su espíritu, impulsó su desarrollo, y con su vida santa y sus enseñanzas mostró para siempre a toda la Corporación académica el camino de la verdad en libertad y caridad». Para todos los que formamos parte de la Universidad de Navarra, tiene un profundo significado que quien fundó esta Universi-

dad y la presidió durante su vida en la tierra, haya sido propuesto por Su Santidad Juan Pablo II como luminoso ejemplo al pueblo cristiano.

Por otra parte, el hecho de que sean siete las ilustres personalidades que reciben hoy el doctorado *honoris causa*, es otra señal del crecimiento experimentado por la Universidad de Navarra en los últimos años. Esta investidura manifiesta la gratitud de la Universidad hacia quienes han colaborado muy singularmente en su desarrollo, desde muy diversos ámbitos profesionales y geográficos. Tal circunstancia obliga a que mi referencia a los nuevos miembros del Claustro y a sus relevantes méritos, sea necesariamente muy breve. Estoy bien cierto de que, desde el Cielo, el Beato Josemaría los bendecirá con esa capacidad de agradecimiento que le caracterizó siempre durante su vida en la tierra.

Deseo manifestar, también yo, mi afecto y gratitud, en primer lugar, al profesor Jorge Carreras, tan querido en esta Universidad, en la que fue Decano de su Facultad de Derecho, y que ha sabido formar a generaciones de juristas con su magisterio generoso y su talante cordial.

Se incorpora también al Claustro de la Facultad de Derecho el Excelentísimo Señor Francesco Cossiga. Formado en la Universidad de Sassari como profesor de Derecho Constitucional, siempre ha procurado que el empeño por vivir las virtudes cristianas presidiera toda su actuación pública, en la que tan dignamente ha ocupado la más alta magistratura de la República Italiana.

Al Director de orquesta Rafael Frühbeck de Burgos acompaña igualmente un extraordinario prestigio internacional. Ha alcanzado alta maestría en el lenguaje musical, que eleva el espíritu hacia la contemplación del mundo y de Dios. Me consta que lleva siempre en su corazón a la Universidad de Navarra.

El profesor Robert Spaemann, que desde hace muchos años colabora con las Facultades de Filosofía y Letras y de Ciencias de la Información de esta Universidad, destaca por sus brillantes contribuciones a la Ética y a la Filosofía Política. Con justicia es considerado uno de los pensadores más profundos de la hora actual.

Igualmente merecido es el prestigio, internacionalmente reconocido, del profesor Manuel Elices como investigador en la Ciencia de Materiales y como autor de numerosas publicaciones. Mucho nos honra, por tanto, su fecunda relación con la Escuela de Ingenieros Industriales de San Sebastián y con el Centro de Estudios e Investigaciones Técnicas de Guipúzcoa.

Asiduo colaborador de la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra, el profesor Leo Scheffczyk ha contribuido, de modo muy relevante, a la comprensión histórica del dogma cristiano en el periodo posterior al Concilio Vaticano II, mediante una ingente tarea investigadora, que le ha ganado un merecido prestigio teológico en todo el mundo.

La Facultad de Teología acoge también hoy en su Claustro al profesor Tadeus Styczen, a quien Su Santidad el Papa Juan Pablo II dirigió la tesis doctoral en la Universidad de Lublín. Desde su cátedra de Ética en dicha Universidad, y como Director del Consejo Científico del Instituto Juan Pablo II, ha promovido, con profundos estudios, un mejor conocimiento de la doctrina cristiana sobre la persona humana y la familia.

En la solemne ceremonia de hoy, se engarzan los méritos de las citadas personalidades con la tradición académica multisecular, que prescribe la entrega a los nuevos doctores del birrete, del anillo y del libro, símbolos de la maestría, del prestigio profesional y de la ciencia; junto con el abrazo cordial, signo de afectuosa colegialidad. Las tradiciones, que en este acto estamos reviviendo, nos ofrecen un estímulo para descubrir, una vez más, los ideales académicos en los que hunde sus raíces esta Universidad. Siguiendo el ejemplo de su Fundador, el Beato Josemaría, permitidme que trascienda el protocolo y me sirva de esta ocasión para recordar a la Corporación universitaria la acuciante tarea que le compete en las presentes circunstancias del mundo y de la Iglesia.

Por singular providencia de Dios, en estos años finales del siglo XX hemos asistido al derrumbamiento de gran parte de los regímenes totalitarios que creó el materialismo teórico, y de las corrientes ideológicas que servían de coartada a aquellos sistemas inhumanos. Pero —como señala una y otra vez el Papa Juan Pablo II, remontán-

dose a las causas de los fenómenos que vivimos— en el origen de los lacerantes problemas sociales y humanos, que aquejan en la actualidad a Europa y al mundo, se encuentra ese individualismo egoísta que procede del materialismo práctico, no menos desconocedor de la verdadera dignidad de la persona humana. Cuando se olvida que el hombre es un ser destinado a la trascendencia y abierto a la comunidad con sus hermanos los hombres, la solidaridad pierde su fundamento, y la vida social se ve sometida a un proceso de degradación, con consecuencias que afectan tanto a la vida de los pueblos como al orden internacional. En su reciente Encíclica *Veritatis splendor*, el Santo Padre Juan Pablo II insiste en que únicamente sobre la verdad de Dios Creador y Redentor, y sobre la verdad del hombre creado y redimido por El, es posible construir una sociedad renovada y resolver los problemas complejos y graves que hoy la afectan (cfr. *Veritatis splendor*, n. 99).

Ante este desafío histórico, la institución universitaria no puede plegarse cómodamente a las fuerzas dominantes, sino que debe sacar de sus propios recursos, institucionales y éticos, las energías necesarias para encontrar soluciones adecuadas a problemas tan acuciantes. Me da alegría confirmar que la Universidad de Navarra se siente comprometida —como fue deseo de su Fundador— a impartir una educación completa de las personalidades jóvenes, que incluye, como dimensión ineludible, la formación cristiana de su sensibilidad social. Se procura así que —tanto en los años universitarios como al terminar sus estudios— aspiren voluntariamente a convertir su vida en una tarea de servicio a los demás, y, en particular, a los más necesitados, a los enfermos, a los pobres, a los indefensos. No se trata sólo de fomentar nobles sentimientos de misericordia y compasión. Es preciso, además, ahondar en los fundamentos teóricos y prácticos de la justicia y de la caridad cristianas, para que las soluciones que se vayan encontrando, a través del estudio y de la investigación, contribuyan —en el respeto a la libertad de todos— a configurar unas actitudes de pensamiento y unas virtudes personales que sean fundamento de un futuro más humano.

Lejos de la protesta estéril y del pasivo conformismo, los estudiantes universitarios han de esforzarse por superar el aturdimiento que lleva consigo la frivolidad hedonista; deben avanzar en la adqui-

sición de una honda formación intelectual y humana, que haga de ellos mujeres y hombres maduros, ciudadanos responsables, personas cultas, profesionales competentes. Para ayudarles en este empeño, es preciso que los profesores dediquen sus mejores afanes a una educación personalizada, y a una investigación seriamente comprometida con el descubrimiento de las causas que intervienen en los fenómenos sociales y culturales. Porque sólo si se llega a sus raíces antropológicas y religiosas, es posible comprender con hondura la crisis actual, y encontrar vías para que las presentes transformaciones desemboquen en una civilización armónica y fecunda, a la que aspiran todos los hombres de buena voluntad. Con mentalidad abierta a la universalidad del saber y con la generosidad de gastar su tiempo en la atención a cada estudiante, los profesores sabrán transmitir a los alumnos— por medio del ejemplo de su vida y la fuerza de sus palabras— las convicciones necesarias para combatir gozosamente el egoísmo particular y embarcarse en la aventura de entusiasmar nuevamente a un mundo cansado.

Al iniciar mis palabras, hacía referencia al camino de la verdad en libertad y caridad, como parte esencial del tesoro legado a la Universidad de Navarra por el Beato Josemaría. Con su intercesión contamos, para que esta empresa del espíritu haga fecunda su fidelidad a los orígenes, a través de la labor cuidadosa que cada día desarrollan todos los que en ella trabajan, tanto en la investigación y la docencia como en las tareas de administración y de servicios, imprescindibles para que se despliegue una convivencia realmente formativa. Además de la ayuda de Dios nuestro Padre, la eficacia de tan variadas actividades requiere el trabajo en equipo, la libre articulación de voluntades alrededor de un proyecto común, en el que cada uno participa contribuyendo generosamente al crecimiento de los demás. El difícil quehacer universitario se convierte así en un trabajo alegre y esperanzado, en el que la diversidad de opiniones enriquece la solidaridad, de manera que todos los miembros de la comunidad académica se sientan protagonistas activos de un servicio a la sociedad que hoy resulta más urgente que nunca.

La diversidad que se refleja en los nuevos doctores, ilustra también esta pluralidad de perspectivas, que es trasunto de las distintas dimensiones de la vida humana: el foro y la docencia, la política

y el gobierno de los pueblos, la música, la reflexión filosófica, la investigación sobre nuevos materiales, la comprensión teológica de la Fe. Son aspectos múltiples de una verdad unitaria, destellos captados a lo largo de los siglos, mediante el estudio esforzado de mujeres y hombres, empeñados en detectar el esplendor de Dios que en las cosas creadas se refleja. Una característica común a los doctores que hoy honramos es precisamente su espíritu creativo, basado en la optimista convicción cristiana de que es posible desvelar la verdad cuando a ésta no se antepone el propio egoísmo, cuando se colabora con los demás para que la realidad permita descifrar sus enigmas. Por eso, un acto académico como el que hoy nos reúne, además de motivo de acción de gracias a Dios, es también un acicate para proseguir, con ilusión y vigor, la misión universitaria que la sociedad contemporánea espera de vosotros. De esta forma, el amor a la libertad, el respeto a la dignidad de cada persona y el afán de cooperación creativa, que impregnan desde sus inicios toda la vida de la Universidad de Navarra, configurarán con la ayuda de Santa María, Madre del Amor Hermoso, y con la intercesión de nuestro Fundador, un servicio renovado a la Iglesia y a la humanidad entera.